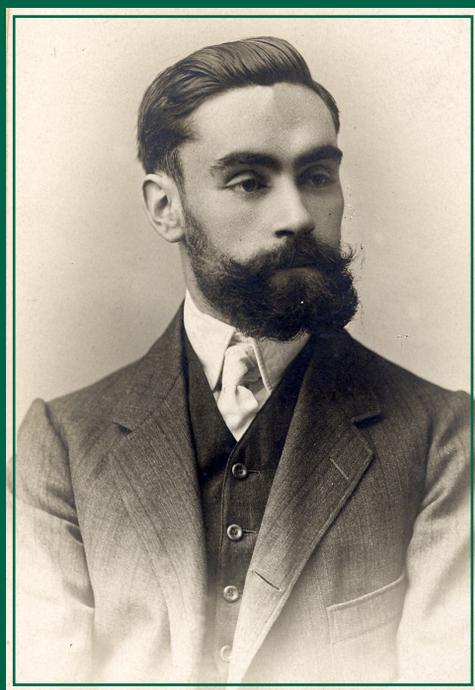


OCTAVIO RUIZ-MANJÓN

ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA

Federico de Onís (1885-1966)



Ediciones Universidad
Salamanca

ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA
Federico de Onís (1885-1966)

ESTUDIOS HISTÓRICOS & GEOGRÁFICOS

175

Colección dirigida

por

Ricardo ROBLEDO HERNÁNDEZ
(Universidad Pompeu Fabra)

Consejo científico

José M^a MONSALVO (Universidad de Salamanca)
Alberto MARCOS (Universidad de Valladolid)
Isabel BURDIEL (Universidad de Valencia)
Carlos FORCADELL (Universidad de Zaragoza)
Ángel VIÑAS (Universidad Complutense de Madrid)
Rafael MATA OLMO (Universidad Autónoma de Madrid)
David EDGERTON (King's College London)

Consejo técnico

Vicente FORCADELL (Universidad de Salamanca)

OCTAVIO RUIZ-MANJÓN

ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA
Federico de Onís (1885-1966)



Ediciones Universidad
Salamanca

ESTUDIOS HISTÓRICOS & GEOGRÁFICOS, 175

©

Ediciones Universidad de Salamanca
y Octavio Ruiz-Manjón

Motivo de cubierta: Federico de Onís
Casa-Museo Unamuno (Universidad de Salamanca)

1ª edición: diciembre, 2019
ISBN: 978-84-1311-207-7
978-84-1311-230-5 (PDF)
978-84-1311-231-2 (POD)
978-84-1311-232-9 (ePub)
978-84-1311-233-6 (mobipocket)
Depósito legal: S. 550-2019

Ediciones Universidad de Salamanca
Plaza San Benito s/n
E-37002 Salamanca (España)
<http://www.eusal.es>
eus@usal.es

Maquetación, impresión y encuadernación:

Gráficas Lope
C/ Laguna Grande, 2, Polígono «El Montalvo II»
www.graficaslope.com
37008 Salamanca. España

Impreso en España-Printed in Spain

*Todos los derechos reservados.
Ni la totalidad ni parte de este libro
puede reproducirse ni transmitirse sin permiso escrito de
Ediciones Universidad de Salamanca*

Ediciones Universidad de Salamanca es miembro de la UNE
Unión de Editoriales Universitarias Españolas
www.une.es

La colección Estudios Históricos & Geográficos de Ediciones Universidad de Salamanca está acreditada con el sello de calidad en ediciones académicas CEA-APQ, promovido por la Unión de Editoriales Universitarias Españolas y avalado por la Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación (ANECA) y la Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología (FECYT)



CEP. Servicio de Bibliotecas

RUIZ MANJÓN, Octavio, autor

Entre España y América : Federico de Onís (1885-1966) / Octavio Ruiz-Manjón.

—1a. ed.—Salamanca : Ediciones Universidad de Salamanca, 2019

280 p.—(Estudios históricos & geográficos ; 175)

1. Onís, Federico de, 1885-1966-Biografías.

929 Onís, Federico de

*Para mi hijo Miguel,
que no salió en aquella foto*

Sumario

1. Salamanca
2. Madrid
3. Funcionario
4. Por fin catedrático
5. Una nueva generación
6. Estados Unidos
7. Puerto Rico
8. Guerra civil en España
9. Por otras tierras de América

Bibliografía utilizada

Índice onomástico

Breve advertencia del autor

DI LOS PRIMEROS PASOS para la realización de esta biografía en la Universidad de Harvard, durante mi añorado curso sabático de 2011-2012. Me persuadí entonces de que la cuestión de las relaciones culturales entre España y los pueblos del continente americano, que era mi tema de investigación de aquel momento, pasaban casi siempre por la figura de Federico de Onís, profesor de la Universidad de Columbia, en Nueva York, desde septiembre de 1916. Era un miembro de la generación de 1914 y, sin ser un desconocido en absoluto, quedó muchas veces en la penumbra de quienes han prestado atención a la historia intelectual española de la primera mitad –tal vez los dos primeros tercios– del siglo xx.

El lugar para acometer dicha empresa no podía ser más idóneo porque, además de los apabullantes recursos de las bibliotecas universitarias americanas que tenía a mi disposición, me encontraba con el maravilloso clima de trabajo que Ángel Sáenz-Badillos se preocupó de crear en el Real Colegio Complutense, del que fue su inolvidable director.

Conté también con la posibilidad de consultar algunos de los archivos directamente relacionados con la vida de Onís, como era el de la Universidad de Columbia, o el de la Hispanic Society, ambos en Nueva York. También, por supuesto, el archivo de la Houghton Library, de la Universidad de Harvard, depositario de los fondos de Pedro Salinas.

Y conté también con la ayuda de amigos y colegas que me demostraron sobradamente su generosidad. Alicia Langa, por ejemplo, se tomó la molestia de hacerme llegar, hasta mi casa de Brookline, un libro español que yo juzgaba indispensable, aunque después se comprobara irrelevante, si no dañino. Mi agradecimiento a Alicia no se aminora un ápice por eso. También a tierras americanas me llegó el aliento y ayuda de colegas

queridos como Julia Moreno o José María Marín. El de Juan Francisco Fuentes, con el que pasé tan buenos ratos en el Real Colegio, era mucho más cercano.

El proyecto de biografía, en todo caso, generó trabajos complementarios y, cuando aún estaba en tierras americanas, preparé un breve texto sobre la figura de Federico de Onís, para un volumen de homenaje al profesor Ignacio Olábarri. Tenía un carácter similar al del breve estudio que le dediqué en el catálogo de la exposición «Redes», que se presentó en el 2014 en la Residencia de Estudiantes de Madrid.

En la Residencia, que contiene una copia digitalizada de toda la documentación original de Onís, que está depositada en la Universidad de Puerto Rico, es donde he podido culminar este proyecto.

Me habría resultado mucho más difícil si no hubiera contado con la generosa hospitalidad de Alicia Gómez-Navarro, que me ha facilitado el acceso a esos documentos y me ha permitido contar con el extraordinario fondo editorial que la Residencia ha puesto a disposición de los investigadores de la Edad de Plata de la cultura española.

Y, ya dentro del archivo de la Residencia, han sido muchas las horas que he dedicado a la consulta del archivo Onís con la amable atención de Alfredo Valverde y Javier Villalón, responsables del archivo.

Para los investigadores es siempre muy importante la buena sintonía con bibliotecarios y archiveros. Yo he tenido la fortuna de contar, hasta la frontera del abuso, con la de Lynn M. Shirey, bibliotecaria para Latinoamérica, España y Portugal en la biblioteca Widener de la Universidad de Harvard. Es el momento de manifestarle mi más rendido reconocimiento. Lo mismo debo decir de Ana Chaguaceda, directora de la Casa-Museo Unamuno, de Salamanca, a la que conocí por mediación de Vicente Cacho.

La propia tarea de investigación sirve, a veces, para fortalecer amistades o generar otras nuevas. Es lo que me ha ocurrido con Antonio Niño, mi colega de muchos años en el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense. Él ha estado muy al tanto de mi trabajo y me ha sugerido líneas de investigación que han resultado muy fructíferas.

También es lo mismo que me ha sucedido con Azucena López Cobo, a la que no había tratado antes de iniciar este proyecto. Aún desde la

distancia, porque sólo nos hemos podido encontrar hasta ahora en una ocasión, Azucena ha sido una corresponsal generosa a la hora de resolver cualquier problema con la correspondencia de Ortega y Gasset, que ella conoce tan bien. En ello ha seguido las directrices de Javier Zamora Bonilla, a quien también agradezco su ayuda.

A muchos otros colegas debo ayudas puntuales y en este punto es donde, con toda seguridad, cometeré omisiones por las que pido perdón de antemano. Pero ahora recuerdo datos, sugerencias y estímulos que he recibido de Isabel Burdiel, José Luis de la Granja, Ricardo Miralles o Ana Clara Guerrero, que me facilitó el acceso a la biblioteca de su abuelo, Juan Guerrero Ruiz. A todos ellos mi agradecimiento, como se lo daría también, si hubiera sido posible, a Antonio Morales, siempre dispuesto a alentar cualquier empresa intelectual que juzgase de calidad.

Luis Miguel Enciso, que fue mi primer profesor de Historia en la universidad –hace de esto más de cincuenta años– tenía mucho interés en ver este libro, por el que me preguntaba frecuentemente. No ha podido ser, y bien que lo sentimos muchos.

Soy consciente de que esta biografía adolece de una cierta escasez de datos personales y familiares de Onís, pero las mismas circunstancias personales de su vida ayudan a entender estas carencias.

La familia numerosa en la que nació está hoy muy dispersa, y algunos familiares, con los que he podido contactar, tienen sólo una información fragmentaria y muy lejana.

En cualquier caso, las posibilidades que brinda internet me han permitido ponerme en contacto con el más pequeño de sus hijos, Juan, que aún vive en La Florida, en donde el apellido de Onís todavía debería significar algo. A través de él, he podido estar en contacto con su hijo Paco, que me ha facilitado toda la información que le ha sido posible. En España he podido encontrar a otros dos nietos, Arturo y Mercedes, que también me han facilitado datos de gran interés. Mi agradecimiento a todos ellos.

Todo este trabajo, por último, habría sido inútil si no hubiera encontrado la editorial dispuesta a sacarlo a la luz. Me considero afortunado, por eso, al comprobar la rápida reacción de mi viejo amigo Mariano Esteban de Vega, vicerrector entonces, que me manifestó el interés de la Universidad de Salamanca por la publicación de este libro, en lo que le

ha seguido el actual director del servicio de Publicaciones, José Luis de las Heras, y el director de esta colección, Ricardo Robledo. Se lo agradezco a los tres.

Creo que el propio Federico de Onís estaría muy contento de esta decisión, que le devuelve a la ciudad que le vio nacer, y a la Universidad que presencié los primeros pasos de la gran aventura intelectual que fue su vida.

I. Salamanca

EL FAUNO DEL TORMES

PARECE QUE FUE Ortega y Gasset el que le llamó en alguna ocasión «fauno del Tormes», y Juan Ramón Jiménez se haría eco de la imagen orteguiana en una semblanza literaria de Federico de Onís que publicó a finales de 1935. El texto juanramoniano, en todo caso, aparecía fechado en 1929, en un escenario que evocaba la Residencia de Estudiantes de Madrid, en las primeras y calurosas horas de una tarde madrileña de verano.

Con barba aún de adolescente segundo, parecía anteayer un Carlyle joven. Mas es de aquellos cuya fisonomía resta, un poco embastecida sólo, contra navaja y peine, corte y aliño. Siempre es Onís igual al sí de ayer y al de hace un año, igual por fuera y por dentro; y creo que seguirá siendo igual hasta su fin español o americano. De América ha traído, un viaje tras otro, no sé qué parecido con el Charlie Chaplin de los nortes, que era antes y aquí parecido con el Charlot latino, quien con barba sería una especie de Carlyle americano. Y no sé en qué secreta Salamanca octava de New York se compra Onís sus exteriores (*sic*), que viene siempre renovando lo mismo que se lleva.¹

La repetida comparación con Thomas Carlyle (1795-1881) con el que, ciertamente, Onís guardaba un cierto parecido físico, remitía a la visión victoriana de una sociedad que veneraba a sus héroes, aunque el énfasis de Carlyle en la autoridad de los grandes líderes hicieran de él una figura incómoda en la Europa de los totalitarismos posteriores a la guerra europea del 14.

¹ J. R. Jiménez, «Caricatura, rudos y entrefinos», *El Sol*, Madrid, 15.12.1935.

En esa semblanza, Juan Ramón también insistía en la perduración de los rasgos salmantinos de Onís, pese a su larga experiencia como profesor de filología en otros centros de investigación españoles, y a la aún más larga permanencia en un medio tan cosmopolita y tan urbano como era el de la gran ciudad norteamericana:

...conserva sanas y tiernas sus raíces de palo dulce en el puñado de tierra primera, dentro de sus espuertas zapatos campestres. Y su savia, en el recorrido de sus miembros toscos, da hoja y lumbré a sus rodillas, sus codos, sus hombros, sus sienes alertas. También guarda vivas, elásticas, frescas, en la misma maleta, sus alas de azul y oro, y vuela siempre con ellas por la libre alameda castellana hermana del río peregrino del mar. Del mar que cambia, que vuelve para él sus olas.

La idea de un salmantino perdido en la ciudad de los rascacielos no era tampoco original de Juan Ramón. También se había referido a ella José Moreno Villa, poco antes de publicarse el retrato que le había hecho el poeta de Moguer. «Esta resistencia del hombre castellano a la absorción del medio —había escrito Moreno Villa— me trajo a la memoria muchos casos, entre ellos el de Federico de Onís en Nueva York».²

Todavía en los años cincuenta del pasado siglo, Moreno Villa insistiría en las facciones rústicas del salmantino, después de haber dibujado una serie de cabezas de escritores y académicos españoles: «En la de Onís creo que está lo que tiene de nudoso, de labriego castellano a la manera de san Pedro de Alcántara».³

También Francisco Ayala, en sus *Recuerdos y olvidos*, abundó en la imagen de un español empeñado en acentuar sus rasgos hispánicos en Nueva York, aún a riesgo de convertirse en una verdadera caricatura de sí mismo.

Allí se *caracterizó* de español castizo. Para empezar, su apariencia física era muy diferente de la que, convencionalmente, se espera en un profesor de universidad. Quien de improviso y sin otra noticia le echa-se la vista encima, podría haber pensado que, en pleno Broadway,

² «Don Quijote y Galicia», *El Sol*, Madrid, 29.8.1935.

³ *Ibidem*. Moreno Villa había visto a Onís en su medio neoyorquino durante el viaje que había hecho a la ciudad americana a comienzos de 1927. MORENO VILLA (1976), 72. Rasgos nudosos en MORENO VILLA (2011): 424.

tenía ante los ojos a un pardillo de tierra adentro, salmantino o zamorano, o maragato. Y no sólo por la vestimenta y el modo de llevarla; era todo, era el corte de pelo, era la gesticulación, eran las inflexiones de la voz y las modalidades expresivas. Sin duda, su empeño había sido desde el comienzo proyectar ante sus estudiantes americanos una imagen fuertemente estilizada de *lo español*...⁴

En cualquier caso, Federico de Onís leyó, con tanta complacencia como gratitud, el temprano retrato literario de Juan Ramón y, en febrero del año siguiente, escribió a Zenobia Camprubí, la mujer del poeta, para hacerselo saber: «Leí con gran placer y agradecimiento el retrato que de mí hizo Juan Ramón y que publicó en *El Sol*».⁵

Porque, aunque ahora pueda sonar a otra cosa, la imagen del fauno no tuvo entonces nada de ofensiva ya que, con ella, Ortega sólo había querido aludir al interés de nuestro personaje por el folklore popular y a sus habituales paseos por las riberas del río que nutre la vega salmantina.⁶

Una imagen que, cuando fue acuñada por Ortega, debía referirse a unas aficiones literarias de Onís muy arraigadas, y a una prolongada labor de investigación académica sobre el folklore popular, que Onís había iniciado a comienzos del siglo en su Salamanca natal.

Federico de Onís, por otra parte, fue, durante muchos años, el hombre de España en Nueva York y un representante de la cultura de habla española en la ciudad de los rascacielos. Alfonso Reyes, que lo trató mucho en aquellos años, lo consideró un «verdadero cónsul de la cultura española» en la gran urbe, tanto por el objeto de su actividad académica como por el auténtico tipo de castellano viejo que ofrecía en su quehacer diario:

El primero en embarcar para América fue Federico de Onís. Español medular, y hasta muy salmantino cuando lo conocí en España, a primera vista se le hubiera tomado por el menos transportable de todos. Tenía en el vestir un corte inequívoco de «institucionista», pero su temperamento y maneras lo libraban de toda clasificación. Aún lo recuerdo con sombrero faldón, chaqué y corbata blanca de mariposa; la barba cerrada, los ojos claros e intensos, la frente dura donde bullían

⁴ AYALA (2006): 431.

⁵ Carta de Federico de Onís, en Nueva York, a Zenobia Camprubí, de 19.2.1936. ALBERT ROBATTO (2003), 51.

⁶ ONÍS, J. de (1968), 47.

los motivos hispánicos con un fervor que apenas lograban frenar las disciplinas críticas. Descendiente del otro Onís, Embajador de España en los Estados Unidos, un recto destino había de traerlo a Norteamérica, donde ocupa con justa autoridad algo como un cargo de cónsul de las letras hispánicas.⁷

LA SALAMANCA DE FINES DEL SIGLO XIX

Era una ciudad que apenas llegaba a los veinticinco mil habitantes y que se componía, al decir de Unamuno, en frase muchas veces citada, de «unos cuantos soberbios edificios rodeados de casuchas tísicas y callejas anémicas.»⁸

Las referencias médicas que hizo don Miguel no eran gratuitas porque la ciudad adolecía de una penosa situación sanitaria que, durante la década final de siglo, se tradujo en un crecimiento vegetativo de la población con saldo negativo. Las cifras totales de población sólo pudieron compensarse, y no siempre, con la aportación de personas –sirvientas y jornaleros– que acudían desde los pueblos de la provincia.

Por otra parte se trataba de una ciudad relativamente pequeña, cuyo casco urbano, según Carlos Gutiérrez de Ceballos⁹, apenas rebasaba el recinto amurallado de la época de Alfonso VII a mediados del siglo xii.

A la destrucción provocada por la guerra contra los franceses, a partir de 1808, había venido a sumarse el desmantelamiento de edificios religiosos provocado por las desamortizaciones que siguieron, que tampoco habían permitido una reordenación del espacio urbano de manera que, en esos años finales de siglo, la ciudad conservaba mucho de la fisonomía representada en el mapa de la ciudad que trazó Francisco Coello en 1858, o de la imagen de la ciudad que reflejó Pedro Antonio de Alarcón, cuando el escritor granadino visitó la ciudad en 1877, con ocasión de la llegada del tren a la capital del Tormes, desde Medina del Campo.

⁷ Reyes, Alfonso (1939), «La Revista de Filología Hispánica de Buenos Aires», *Norte y Sur*. En *Obras completas*, vol. IX, México, FCE, 1981. Citado en GARCÍA MORALES (2012): 30.

⁸ Carta a Pedro de Múgica, de 18.7.1891. UNAMUNO (1965): 148.

⁹ Citado en RABATÉ (1997): 19.

En algunas de las recientes historias locales de Salamanca, se la describía como una ciudad preindustrial, de la misma manera que se la podría incluir en el grupo de las grandes agrocidades tan características de buena parte de la España rural.¹⁰

Además de lugar de residencia de muchos propietarios agrícolas, Salamanca era una ciudad de servicios administrativos, en donde destacaba especialmente la presencia de la vieja Universidad que, ciertamente, no atravesaba por uno de sus mejores momentos.

La Universidad acogía, en esos años finales de siglo, a poco más de mil alumnos, sumando a los que recibían enseñanza oficial y a los que se examinaban por libre.¹¹ Estos alumnos se distribuían, de forma muy desigual, entre cuatro facultades, de las que la más numerosa era la Facultad de Derecho. La de Letras apenas llegaba a los cien alumnos matriculados en esos años.¹²

La Universidad arrastraba una vida tan precaria que, por momentos, se llegó a temer que pasara a manos de la autoridad eclesiástica, encabezada entonces por el obispo Tomás de Cámara y Castro, que estaba empuñado en un movimiento de regeneración religiosa que se dirigió, fundamentalmente, al mundo de la prensa y de la enseñanza universitaria.

Los temores resultaron infundados pero los integristas católicos de la ciudad mantuvieron una actitud de permanente sospecha hacia la enseñanza universitaria, en una forzada interpretación de la tolerancia religiosa que hacía posible el artículo 11 de la Constitución de 1876.

No escasearon las tensiones, como las que se suscitaron en 1891, con ocasión del entierro laico de Mariano Arés, catedrático de Metafísica, o las provocadas, en 1897, por la denuncia de un pequeño grupo de estudiantes, posiblemente instigados por Manuel Sánchez Asensio, el director del diario integrista *La Información*, contra las enseñanzas de Pedro Dorado Montero, catedrático de Derecho Penal.¹³

Desde octubre de 1900, Miguel de Unamuno era el Rector de la Universidad, en la que trató de imponer un cierto nivel de exigencia en la

¹⁰ ESTEBAN DE VEGA, GONZÁLEZ GÓMEZ, y REDERO SAN ROMÁN (1992): 67.

¹¹ HERNÁNDEZ DÍAZ (2002a): 252.

¹² RABATÉ (1997): 203.

¹³ HERNÁNDEZ DÍAZ (2002a): 256.

ordenación de la vida académica pero en 1916, cuando ya había cesado en el cargo de rector, tuvo que reconocer lo limitado de sus logros. La Universidad, escribió en un prólogo de ese año, «no ha irradiado ciudadanía al campo que la sustenta», y añadía:

Hoy la ciudad seste a la sombra de su augusta Universidad, Universidad cargada de canas y de arrugas, pero no de experiencia, vieja y pueril.¹⁴

EN EL AMBIENTE UNIVERSITARIO DESDE LA INFANCIA

Federico de Onís y Sánchez había nacido en esa Salamanca el 20 de diciembre de 1885, en el número 5 de la calle Azafranal. Su padre era José María de Onís y López, bibliotecario de la Universidad, y su madre Teresa Sánchez Pescador, de familia de agricultores de Villaflores, un pueblo al este de Salamanca, cercano a Cantalapiedra, donde los Onís tenían la casa solariega. Federico fue el segundo hijo de los ocho que tuvo el matrimonio de José María y Teresa. Antes de Federico había nacido una niña, Marcela, que perteneció a la orden de las Madres Reparadoras. Después de Federico nacerían otros dos varones y cuatro hembras.¹⁵

En la familia de Onís se contaban destacados políticos y diplomáticos, entre los que descollaba Luis de Onís y Gonzalez Vara que firmó el tratado de la cesión, por parte de España, de la Florida a los Estados Unidos en 1819. Otro antecesor de Federico, Mauricio Carlos de Onís había sido presidente del Senado en 1843.

Federico de Onís era, como ya se ha dicho, hijo del bibliotecario de aquella centenaria Universidad. Esta circunstancia de la ocupación paterna le había permitido estar en contacto, desde que tuvo uso de razón, con la personalidad más destacada de la universidad salmantina y, desde luego, con el pensador más singular con el que contaba España en los años finales del siglo XIX: Miguel de Unamuno.¹⁶ Con él coincidiría numerosas veces en La Granja, una finca que el padre de Federico poseía a unos cuarenta kilómetros de Salamanca, cerca de Garcihernández, en el camino que lleva desde Alba de Tormes a Peñaranda de Bracamonte.

¹⁴ UNAMUNO (1967) vol. VIII: 1068-1069.

¹⁵ BELTRÁN DE HEREDIA (1986): 42-43.

¹⁶ Relación temprana con Unamuno en ONÍS, F. de (1955), 8.

Una finca junto al río Almar, que favorecía el crecimiento de una frondosa vegetación. Muchos años más tarde, en carta a un profesor brasileño con el que trataba de buscar puntos de afinidad¹⁷, afirmaría que «pasaba los veranos en el vecino Portugal», pero la afirmación debe ser tomada con cierta reserva.

Bajo la discreta tutela de Unamuno, el joven Onís realizaría todos sus estudios en la ciudad del Tormes, a la vez que participaba en la alicorta vida periodística y literaria de una capital de provincia española durante los años de la Regencia de D^a María Cristina, que se había iniciado pocos días antes de que él naciera. También hizo, durante esos años de formación inicial, algunos estudios de solfeo con Dámaso Ledesma, maestro de capilla de la catedral.¹⁸

En la Salamanca de 1900, un año antes de entrar en la Universidad, el joven Onís haría sus primeros pinitos literarios en la prensa estudiantil. Su primer artículo apareció en una revista cuyo título intentaba ser jocos: *El puntapiés*.¹⁹

Los estudios universitarios de Letras los comenzó en octubre de 1901 y se prolongarían hasta junio de 1905. La consulta del expediente académico de esos estudios de Letras permite saber que obtuvo Sobresaliente, con Premio de Honor –matrícula de honor se le llamaría ahora– en casi todas las asignaturas de la carrera. A finales de septiembre de 1905 obtendría, por último, el Premio Extraordinario de la licenciatura de Letras en la Facultad de Filosofía.²⁰

También de esos años será su incorporación, como becario por oposición, al Colegio Mayor de San Bartolomé de la universidad salmantina.²¹ Era un relativo éxito académico, que permitiría al joven estudiante un cierto protagonismo en un mundo universitario que, por lo demás,

¹⁷ 2.10.1954. Carta a Manuel Bandeira. Archivos de la Residencia de Estudiantes, Madrid. Fondo Federico de Onís (ARE, FFO, O-Ms/C-22, 1).

¹⁸ ONÍS, F. de (1955), 750.

¹⁹ «La asociación», 8-4-1890, firmado por Aris-Fos. El hecho de que «FOS» sean las iniciales de Onís hace pensar que se tratase de una colaboración con otra persona. ARRIGUITIA (1968). 235.

²⁰ Certificación académica oficial, en Archivo General de la Universidad Complutense de Madrid (AGUCM, EA-67,3).

²¹ Octubre de 1901, en «Breve cronología...» (1968), 21.

solía resultar muy poco estimulante, fuera de las algaradas que los estudiantes protagonizaban en ocasiones. Onís, por otra parte, compatibilizó, durante aquellos años, los estudios de Letras con los de Derecho.

Un alboroto estudiantil fue precisamente lo que ocurrió a primeros de abril de 1903 cuando se produjo en Salamanca –en el clima relativamente crispado que precedió a las elecciones generales del 26 de ese mismo mes– una revuelta en la que se vio involucrado el joven Onís. Los hechos tuvieron lugar el día 2 y fueron ocasionados por la detención y malos tratos que había recibido un estudiante de la Universidad.

Los compañeros del maltratado realizaron una protesta que tuvo como consecuencia la muerte de dos de ellos en el interior de la Universidad, como resultado de los disparos que realizó la Guardia Civil. La noticia sería recogida por algunos periódicos madrileños y los hechos suscitaron otras protestas en Madrid y en algunas universidades españolas.²² Onís evocaría esta escena, muchos años después, en la presentación de sus escritos íntimos.²³

Lo sorprendente fue que, frente a lo que se veía claro que era un exceso de violencia por parte de la fuerza pública, los perjudicados fueron los estudiantes. El diario madrileño *El País*, del día 4 de julio, insertaba la siguiente noticia:

Detenidos por un inspector de Policía acaban de ingresar en la cárcel, a disposición de la autoridad militar, los distinguidos estudiantes de este centro universitario D. Filiberto Villalobos, presidente de la Unión Escolar, D. Juan Crespo, D. José García, D. Federico Onís, D. Teodoro Fuente, D. Leopoldo Pollo, D. Luis Hortal, D. Leopoldo Villargordo. Algunos de los cuales son también individuos de la mencionada Unión Escolar.

El que encabezaba la lista de detenidos, Filiberto Villalobos, era entonces un estudiante de Medicina, seis años mayor que Onís. Más ade-

²² Informaciones de *El Imparcial*, *La Época* y *El Siglo futuro* del día 4. Todos repiten la misma información que ya había dado, el día anterior, el diario salmantino *El Adelanto*. El *ABC* de Madrid, de 9.4.1903, que por entonces era semanario, dedicó toda una página de fotografías a los «sangrientos sucesos de Salamanca». Protestas de otras universidades en SOLDEVILA, F., *El año político. 1903*, Imprenta de Ricardo Rojas, Madrid, 1904, 114-115.

²³ ONÍS, F. de (1955): 787-790.

lante militaría en el templado republicanismo que encabezó Melquiades Álvarez y fue elegido diputado en varias ocasiones. Durante el periodo conservador de la segunda República llegó a ser, durante unos meses, ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, lo que le costaría dos años de cárcel al producirse la guerra civil. Unamuno, que se presentó en la cárcel para visitar a los estudiantes detenidos en 1903²⁴, temió mucho por la vida de Villalobos en 1936, cuando cobró conciencia del afán represivo de los sublevados.²⁵

Otro de los amigos de Onís en aquellos años salmantinos de estudiante universitario fue Marcelino Martín González del Arco que, andando el tiempo, sería catedrático de instituto y diputado socialista por Guadalajara. Fue condenado a muerte después de la guerra civil y fusilado en abril de 1940.²⁶

Tanto el diario madrileño *El País* como *El Imparcial* protestarían por aquellas detenciones de 1903, y por la forma torticera de realizarlas, por lo que el joven Onís encabezaría una carta de los detenidos, en la que agradecía a *El Imparcial* que hubiese salido en su defensa.

Fue su primer momento de algún protagonismo en la vida política local, aunque su nombre no era ya desconocido en la vida literaria de la ciudad salmantina, como lo demuestra un texto dedicado a fray Luis de León, que había leído en una velada literaria celebrada en la finca «La Flecha», en donde el fraile agustino había redactado alguna de sus poesías más conocidas. El texto de Onís sería recogido por el diario local *El Adelanto* y, en un comentario de aquellos días, su amigo José Sánchez Rojas, presentaba al escritor como «un muchacho que lee mucho, piensa siempre por cuenta propia y escribe cosas de miga».²⁷

Onís también dio por entonces sus primeros pasos de carácter político en la Juventud Escolar Republicana. Formaban también parte de la nueva agrupación sus amigos Sánchez Rojas y Martín González, además

²⁴ *Noticiero salmantino*, Salamanca, 3.7.1903.

²⁵ Cfr. ROBLEDO (2005).

²⁶ SÁNCHEZ ROJAS, JOSÉ, «Figura del parlamento», *Mundo gráfico*, Madrid, 5.8.1931. VILLALAIN (1977): 124.

²⁷ «Sobre el maestro León», *El Adelanto*, Salamanca, 19.4.1904. Recogido en ONÍS, F. de (1955), 796-801; José Sánchez Rojas, «Crónica ligera», *El Diario*, Salamanca, 20.4.1904.

del ya citado Filiberto Villalobos. Parece que esa inclinación política hacia el republicanismo le venía a Federico de su padre, que era también conocido en los ambientes republicanos salmantinos.²⁸

Aquel año de 1904 presenciaría también la incorporación del joven Onís a las tareas periodísticas. A comienzos de diciembre comenzó la andadura de la revista salmantina *Gente Joven*, en la que Onís colaboró con asiduidad junto con amigos de entonces como José Sánchez Rojas, Fernando Íscar, Julio Ramón y Laca, y José Núñez Alegría.

Un año más tarde Onís podía afirmar que la nueva revista representaba

la fecha de nuestra primera aparición en la plaza pública, ostentando la bandera de nuestro ideal; porque fue algo así como el día del bautismo en la literatura para algunos, y para otros, para los que ya habíamos andado, más ó menos, en estas andanzas de las letras, un sello de unión, de comunidad, de aspiraciones, un abrazo en el que nuestras individuales diferencias se soldaron por un ideal común.²⁹

La revista no buscaba otra cosa que hacer oír la voz de un grupito de jóvenes que se interesaban por las tareas literarias. En algunos casos eran los mismos que aparecían en las iniciativas culturales universitarias, o en los conatos de actuación política que ya se han indicado. La vida intelectual de la pequeña ciudad universitaria no daba para más.

Onís dedicaría su primer artículo de *Gente Joven*³⁰ a una gloria salmantina –José María Gabriel y Galán– sobre el que volvería a escribir en *El Adelanto* pocos meses después, con ocasión de la muerte del poeta, en los primeros días de 1905. El joven Onís aprovecharía entonces la ocasión para cantar también las excelencias como poeta de su maestro Unamuno.³¹

Las colaboraciones de Onís en *Gente joven* serían muy numerosas a lo largo de 1905 y 1906, y aún intensificaría sus actividades periodísticas al

²⁸ Juventud Republicana en «Nueva agrupación», *El Adelanto*, Salamanca, 24.4.1904. Republicanismo del padre en BELTRÁN DE HEREDIA (1986): 39.

²⁹ «Un año de vida. A mis compañeros de redacción», *Gente joven*, Salamanca, 2.12.1905.

³⁰ *Gente joven*, Salamanca, 3.12.1904.

³¹ «Unamuno», *El Adelanto*, Salamanca, 26.3.1905.

incorporarse como redactor al diario salmantino *El Adelanto*, a mediados de marzo de 1905.³²

Uno de los primeros artículos que publicará en ese periódico, tras su nombramiento como redactor, consistió en un reticente comentario sobre José Echegaray, que había recibido el premio Nobel de Literatura en diciembre del año anterior, por lo que se le había organizado un homenaje en Madrid.

La juventud intelectual madrileña, encabezada por *Azorín*, había hecho público un manifiesto³³ en el que se negaba que los organizadores del homenaje representaran a la intelectualidad española, y en el que se decía que los ideales artísticos de los que firmaban el manifiesto eran muy distintos a los de aquellos que habían organizado el homenaje. El manifiesto azoriniano lo firmarían también Unamuno, Rubén Darío, Maeztu, Baroja, Valle-Inclán, los hermanos Machado, Francisco Grandmontagne, Manuel Bueno, Luis Bello, Camba, y otros escritores menos relevantes.

Desde Salamanca, Onís se uniría a ese rechazo a Echegaray, que era algo más que generacional, y tituló su artículo «El homenaje a un viejo», lo que dejaba bien a las claras su posición frente a un homenaje que, a pesar de todo, se celebró dos días después con gran solemnidad.

UN JOVEN LICENCIADO POR SALAMANCA

El diez de junio de 1905 Onís había obtenido el título de Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Salamanca³⁴ y se disponía a iniciar sus estudios de doctorado en Madrid. De esos momentos es una fotografía de Venancio Gombau, fotógrafo de la ciudad del Tormes, en la que Unamuno aparece sentado junto a dos alumnos, que le acompañaban y le dedicaban la foto. Federico de Onís la comentaría muchos años después al contestar una carta de otro fotógrafo salmantino, Cándido Ansede, un amigo de los años de infancia:

El grupo fotográfico a que te refieres lo hizo Venancio Gombau, cuando nos licenciamos en Letras. Estamos en él Unamuno y los dos

³² *El Adelanto*, Salamanca, 13.3.1905.

³³ *España*, Madrid, 18.2.1905.

³⁴ Certificación académica oficial, en AGUCM, EA-67,3.

graduados de aquel año, o sea, yo y un tal Licinio Perdigón y Perdigón, natural de un pueblo que era Pozal de Gallinas.³⁵

Además de obtener el grado universitario, Onís había dejado también resuelto un problema que afectaba a los jóvenes de entonces como era el del servicio militar. Pertenecía al reemplazo de 1905, pero pagó las 1.500 pesetas exigidas para redimirse del servicio militar activo. Dos años más tarde, sin embargo, le sería devuelta la cantidad pagada, por estar incluido en uno de los artículos de la Ley de Reclutamiento que le eximía del servicio militar.³⁶

Mientras llegaba el momento de marchar a la capital del país, el joven Onís empleó sus energías en la organización de unos Juegos Florales que habrían de tener lugar a comienzos de octubre de ese mismo año 1905.

En una carta a Unamuno, del 10 de agosto, Onís invocaba los buenos oficios del Rector para solucionar un malentendido que se había suscitado con el periodista Francisco Grandmontagne y con el político conservador Augusto González-Besada, que acababa de dejar la cartera de Gobernación. Por una falta de entendimiento entre los que preparaban el acto, ambos habían recibido la invitación para actuar de mantenedores de los Juegos.

En su contestación desde Bilbao, Unamuno disculpaba a su joven discípulo y se mostraba escéptico acerca de las repercusiones del malentendido. Le interesaba mucho más que Onís avanzara en sus estudios filológicos sobre el habla salmantina.³⁷

Pocos días más tarde, desde el apacible retiro de la finca familiar de «La Granja», el flamante licenciado abría su corazón al maestro Unamuno para manifestarle su completa devoción y entrega. La cita, aunque larga, resulta extraordinariamente reveladora del pensamiento de Onís en aquellos momentos, y merece ser incorporada en toda su extensión:

³⁵ 16.II.1953. Carta de Federico de Onís a Cándido Ansedé. ARE, FFO, Ms/C-157.024. La dedicatoria de la foto lleva la fecha de 26 de mayo de 1905. Cfr. Enrique de SENA, y Jaime PEÑA, *Salamanca en las fotografías de Venancio Gombau*, Junta de Castilla y León, Salamanca, 1992.

³⁶ *Gaceta de Madrid*, 19.II.1907, 1. Fue, tal vez, la primera vez que su nombre aparecía en el diario oficial.

³⁷ ONÍS, F. de (1988): 15-16.

Usted es el maestro que, desde que yo era pequeño, ha influido en mí de la manera más honda y más radical, conmoviendo hasta lo último de mi conformación y dándole otra nueva adaptable a las nuevas ideas que, enseñadas por usted, habían de informar mi vida.

Dice usted que no le deje mal. Eso sí que me atrevo a jurarlo. Me ha dado usted tales ánimos para la vida, para la lucha, tal confianza en mí mismo, que no dudo que ahora, que empieza para mí una vida nueva, el triunfo ha de ser para mí, mejor dicho, para usted. Porque yo no ocultaré nunca, aparte de que se ha de ver muy claro, que a usted debo cuanto sé y cuanto valgo.

Lo único que me pesa en mi vida ha sido algunos arrechuchos que me han dado de decaimiento y en los cuales he puesto todo mi esfuerzo en aparecer como discreto, prudente, razonable, conforme con el sentir de todos, en amoldarme a la vulgaridad del ambiente. Y hasta han llegado momentos, que me pesan desde lo más hondo de mi corazón, en que he negado a usted, ni más ni menos que Pedro a Cristo.

Pero sin embargo, allá en el fondo de mi alma, había una constante e íntima fe por usted que hacía que, siempre que en cualquier acto de usted le robaba la simpatía de las gentes, le apartaba de todos, yo comprendía que había usted hecho bien, que no era usted ni un loco ni un hipócrita, que sus razones tendría usted para ello, aunque nosotros no las viésemos claras.

Le aseguro a usted que me cuesta trabajo hablarle de estas cosas, porque siempre he tenido una dificultad inmensa para demostrar con palabras mis cariños y entusiasmos a la misma persona por quien los siento; y más aún a usted, que recibirá tantos elogios y palabras de afecto, interesadas o fingidas, y no querría que las mías fueran unas de tantas a los ojos de usted. Por eso nunca le he hablado de éstas y de muchas intimidades que referente a usted he sentido, y son tantas las cosas que podía contar a usted que no acabaría nunca.³⁸

No se trataba de mucho más que de la expansión afectuosa de un joven que no había cumplido aún los veinte años y que, tal vez también, anduviera un poco inquieto por lo que le depararía el futuro más inmediato.

De momento se dedicó a los Juegos Florales, que organizaba la revista juvenil *Gente joven*, de la que era colaborador desde sus inicios, a comienzos de diciembre de 1904.³⁹

³⁸ Carta de 24.8.1905. ONÍS, F. de (1988): 158-19.

³⁹ GAJATE BAJO, M. (2018): 116.

José María Onís, un hermano de Federico, recibiría uno de los premios y Miguel de Unamuno hizo de mantenedor a la vez que aprovechaba la oportunidad para manifestar sus convicciones iberistas, tomando ocasión de la presencia de un poeta portugués en el certamen. Federico de Onís, que no había participado en el certamen poético por ser uno de sus organizadores, leyó también algunos textos suyos en aquel acto, que se celebró el día 2 de octubre en el teatro Bretón de Salamanca.⁴⁰

Pocos días después Onís se trasladaría a Madrid para iniciar sus estudios de doctorado en Filología bajo la tutela de Ramón Menéndez Pidal. Iba provisto también de cartas que Unamuno le dio para Marcelino Menéndez Pelayo, Francisco Giner de los Ríos, Santiago Pérez Triana, Bernardo González de Candamo, y uno de los hermanos González Blanco. Unamuno le había ofrecido también cartas para Benito Pérez Galdós, Rubén Darío, Francisco Grandmontagne, Manuel Bueno, y Antonio Machado. Además, le había aconsejado que se hiciese socio del Ateneo y le alentaba a ser ambicioso en sus proyectos:

España necesita jóvenes ambiciosos y debemos ser ante todo, y sobre todo, para España. Los himnos más o menos azorinescos (¿quieres una carta para *Azorín*?) a lo que transcurre sin ruido en los lugarejos, son himnos hoy de mal agüero. Alientan la cobardía.⁴¹

El joven estudiante, por su parte, se mostraba muy animoso y dispuesto también a realizar, después, un viaje formativo fuera de España. «Y allí –le comentaba Onís a Unamuno– pasaré bastante tiempo, si es que resisto sin pasar mal rato. Ya veremos».⁴²

No podía saber entonces la cantidad de malos y buenos ratos que le depararía su futuro fuera de España.

⁴⁰ «Juegos florales», *El Liberal*, Madrid, 3.10.1905.

⁴¹ Carta de Unamuno a Onís, de 16.10.1905, en ONÍS, F. de (1988): 23.

⁴² 11.10.1905. Carta de Federico de Onís, en Madrid, a Miguel de Unamuno, en ONÍS (1988), 20.

2. Madrid

LAS TRIBULACIONES DEL JOVEN ONÍS

EL MADRID QUE ONÍS se encontró al llegar, a principios de octubre de 1905, iniciaba también un nuevo curso de su vida política en el que, a la vez que se abrían las Cortes, seguía también abierta la cuestión del liderazgo de los partidos dinásticos. El Partido Socialista Obrero Español, por su parte, iniciaba su séptimo congreso, en el que se admitiría a las Juventudes Socialistas, fundadas el año anterior en Bilbao por Tomás Meabe.

Pero Federico de Onís se movía entre otros grupos de jóvenes, que eran los que realizaban sus estudios de doctorado en la Universidad Central, que acababa de inaugurar el nuevo curso el día primero de aquel mes de octubre en el Paraninfo de la calle San Bernardo, bajo la presidencia del joven rey Alfonso XIII y con la asistencia del presidente del Consejo de ministros, Eugenio Montero Ríos, y de varios ministros. La lección inaugural correspondió al ministro de Hacienda, José de Echegaray, que lo hizo en su condición de catedrático de la Facultad de Ciencias, a la que habría que añadir el prestigio que le había proporcionado su reciente Premio Nobel de Literatura.

La información de ese acto pudo leerla el joven Onís en la edición de *El Imparcial* del lunes día 2, aunque tal vez le interesara más, en ese mismo ejemplar del periódico, la reseña de Manuel Bueno sobre la *Sonata de invierno*, que había publicado Ramón María del Valle-Inclán pocas semanas antes. Era un pobre eco literario de lo que había sido la hoja de «Los lunes de *El Imparcial*», que se había suspendido temporalmente.¹

¹ Queja de José Ortega y Gasset a su padre, desde Leipzig, en ORTEGA Y GASSET (1991): 203.

Cuando marchó a Madrid, Onís iba también herido de amores y la inicial soledad de la vida madrileña le llevó a un cierto desaliento del que no tardaría en recuperarse con la ayuda de Unamuno, que no sólo se alegraba de sus reveses amorosos, sino que estaba convencido de que esas decepciones sentimentales le ayudarían a fijarse metas más ambiciosas para su vida.²

En la búsqueda de esas nuevas metas, el joven Onís haría amistad en Madrid con otros jóvenes que comenzaban también a abrirse paso en la vida de la capital, a los que habría conocido a través de las cartas de presentación que le dio Unamuno para Bernardo González de Candamo y Pedro González Blanco³, que eran personajes entonces muy activos en la vida literaria madrileña. Unos jóvenes con los que coincidiría también en las instalaciones universitarias o en ese frecuentado centro de la vida cultural madrileña que era el Ateneo.

A finales de noviembre ya estaba en condiciones de presentar una nómina detallada de esa juventud literaria que se había encontrado en Madrid.⁴ La ocasión se la proporcionó una velada en honor de Francisco Navarro Ledesma, destacado cervantista y gran amigo de José Ortega y Gasset, que había muerto en Madrid pocos días antes de que Onís llegara desde Salamanca. La velada se celebró en el Ateneo y Onís hacía expresa mención, en su artículo, de José Martínez Ruíz (*Azorín*), Bernardo González de Candamo, Manuel Machado, Pedro y Andrés González Blanco, Francisco de Camba, Rafael Urbano, Constancio Bernaldo de Quirós y Enrique de Mesa, que estuvieron presentes en el acto.

También es singular que, en una carta a Unamuno de por aquellas fechas⁵, utilizara el membrete de «El Diputado a Cortes por Barcelona», tachado, como era lógico. El probable propietario de aquel papel timbrado podía ser el periodista republicano Emilio Junoy, que se movía también por los círculos literarios madrileños, aunque era mucho mayor que Onís.

No citaba entre sus nuevos amigos madrileños –porque no pertenecía al mundillo literario– a Fernando del Río, que acababa de llegar de Barcelona, en donde había desempeñado un trabajo un tanto precario, y

² «Lo íntimo de las cosas», *Gente joven*, Salamanca, n.º 46, 14.IX.1905.

³ CANSINOS-ASSÉNS (1982): 124-126.

⁴ «Juventud española. Su triunfo», *Gente joven*, Salamanca, n.º 46, 25.II.1905.

⁵ 3.II.1905. Carta a Miguel de Unamuno. CMU, 35/118.